

«Piensen en estas cosas»

«Por último, hermanos, todo lo que es verdadero, ... honesto, ... justo, ... puro, ... amable, ... de buena fama; si hay alguna virtud, y si hay algún elogio, piensen en estas cosas».

Filipenses 4:8

Hay mucho en la Biblia que enfatiza la importancia de nuestros pensamientos y la necesidad de examinar adecuadamente nuestra forma de pensar. En el Libro de Proverbios, se nos dice que tal como un hombre «piensa en su corazón, así es él» (Proverbios 23:7). En otras palabras, el desarrollo de nuestro carácter se ve muy influenciado por los pensamientos en los que permitimos que nuestra mente se detenga.

Las Escrituras explican que «no hay justo, ni siquiera uno», porque «todos han pecado y carecen de la gloria de Dios» (Romanos 3:10, 23). Todos hemos heredado la imperfección y el pecado que se han transmitido de generación en generación debido a la desobediencia de Adán a Dios. El apóstol Pablo afirma: «Por un solo hombre [Adán] entró el pecado en el mundo, y por el pecado, la muerte; y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (Romanos 5:12). En la actualidad, nuestra imperfección nos afecta no solo físicamente, sino también mentalmente, incluso nuestra forma de pensar.

El llamado celestial actual

En la actualidad existe un «llamado celestial» que Dios está enviando. Él está invitando a las personas a entregarle sus corazones y a ofrecerse voluntariamente como sacrificios vivos que sean santos, aceptables y agradables a Dios. (Hebreos 3:1; Proverbios 23:26; Romanos 12:1). Se les exhorta: «No se amolden a este mundo, sino transfórmense continuamente mediante la renovación de su mente, para que puedan discernir cuál es la voluntad de Dios: lo que es justo, agradable y perfecto [griego: completo]». Romanos 12:2

Al darnos cuenta de que somos imperfectos y formamos parte de la raza humana pecadora, podríamos preguntarnos si Dios podría aceptar que nos ofrezcamos a él. Pablo afirma con tono tranquilizador: «Piensen en su propio llamado. No muchos de ustedes eran sabios según los estándares humanos, no muchos eran poderosos, no muchos eran de noble cuna. Pero Dios escogió lo que es... insignificante en el mundo, lo que es despreciado, lo que no es nada, ... para que nadie se jacte ante Dios». 1 Corintios 1:26-29

El Señor no está imponiendo castigos ni otros juicios sobre aquellos que no escuchan ni responden al llamado celestial en este momento. Estos tendrán la oportunidad, en el reino que pronto vendrá sobre la tierra, de «aprender la justicia». Isaías 26:9

Enfocando nuestros pensamientos

Dios está trabajando ahora con los futuros miembros del «pequeño rebaño», aquellos que han

respondido al llamado celestial. Él apela a su corazón y no obliga a nadie a hacer su voluntad. El apóstol Pablo escribe: «Es Dios quien obra en ustedes tanto el querer como el hacer, según su beneplácito». Filipenses 2:13

Una parte importante de esta labor, de la cual cada uno de nosotros es responsable de manera individual, consiste en enfocar adecuadamente nuestros pensamientos. No debemos ignorar los pensamientos en los que nos detenemos, sino que debemos aprender a disciplinar y alimentar nuestros pensamientos con el alimento espiritual puro y saludable que se encuentra en la Palabra de Dios. (Salmo 1:1-3; 119:11-18, 103-105). El Señor nos conoce, no solo por nuestras palabras y acciones, sino también por nuestros pensamientos. (Salmo 94:11; 139:2). Los pensamientos santos nos llevarán a tener palabras santas y un comportamiento justo que agradarán a nuestro Padre Celestial. Además, cuanto más entreguemos nuestras «obras al Señor», más se afianzarán nuestros pensamientos. Proverbios 16:3

El sabio rey Salomón escribió: «Guarda tu corazón con toda diligencia, porque de él brotan los manantiales de la vida» (Proverbios 4:23). A lo largo de las Escrituras, el corazón se utiliza para representar nuestra voluntad, nuestras intenciones y nuestros motivos. Estos, que gobiernan todos nuestros pensamientos, palabras y acciones, deben mantenerse constantemente puros y centrados en Dios. Aunque nuestra voluntad es el poder que nos controla desde dentro, también está sujeta a influencias. Si nuestros pensamientos se vuelven impuros, injustos o impíos, el poder de nuestra

voluntad se ve cada vez más mermado. Por lo tanto, es importante seguir las advertencias de las Escrituras en cuanto al carácter de los pensamientos que nos permitimos tener.

La Palabra de Dios, al actuar sobre nuestros corazones y mentes, debe llevarnos a examinar minuciosamente nuestros pensamientos. Cada pensamiento en el que nos detenemos tendrá influencia sobre nuestras palabras y nuestra conducta. Por consiguiente, el apóstol Pablo nos insta a que nuestros pensamientos sean el objeto especial de nuestra preocupación, cuidado y vigilancia; y a la necesidad de «llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo». 2 Corintios 10:5

La importancia de un corazón recto

Es sumamente importante que desarrollemos un corazón que agrade a Dios. En su Sermón del Monte, Jesús nos enseñó sobre la importancia de desarrollar un buen corazón. Dijo: «El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla su boca». (Lucas 6:43-45). Nuestro corazón, el principio rector de nuestra mente y nuestros pensamientos, es representativo de nuestro carácter; y nuestra boca y nuestras palabras son las expresiones externas de ese carácter.

A los seguidores del Señor que están renovando, purificando y limpiando sus corazones se les denomina «los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser los santos», y a la «comunidad de su Hijo Jesús, nuestro Señor» (1 Corintios 1:2, 9).

Habiendo comenzado la obra de transformar nuestro corazón para hacer la voluntad del Señor, es crucial examinar diariamente cada uno de nuestros pensamientos, palabras y obras.

Olvidar lo que queda atrás

Anteriormente, en su carta a los hermanos de Filipenses, Pablo, al hablar de sí mismo, nos da un valioso ejemplo a seguir al decir: «No es que ya lo haya obtenido, ni que ya sea perfecto; pero sigo adelante... Una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, sigo adelante hacia la meta para obtener el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús». (Filipenses 3:12-14). Pablo nos dice que olvidemos lo que queda atrás, incluidas nuestras antiguas ambiciones y esperanzas terrenales. Apliquemos personalmente estas declaraciones a nosotros mismos y «tengamos esta misma actitud». Filipenses 3:15

Jesús, de igual manera, dio una lección importante sobre el peligro de «mirar atrás» a las cosas pasadas. Fue en la ocasión en que les había dicho a sus discípulos: «Sígueme». Varios respondieron con poco entusiasmo, a lo que Jesús replicó: «Nadie que haya puesto su mano en el arado y mire atrás es apto para el reino de Dios». Lucas 9:59-62

«Poner la mano en el arado» era una expresión que significaba emprender una tarea específica. Cuando alguien está arando literalmente un campo, es de vital importancia no mirar atrás; de lo contrario, el arado terminará rápidamente en un desastre. Aquí Jesús utiliza la expresión de mirar atrás para indicar el peligro de desear o añorar cualquiera de las cosas

que sus seguidores ya se habían comprometido a dejar atrás para seguirlo.

Antes de que Dios destruyera la ciudad de Sodoma, envió a un ángel para avisar a Lot y a su familia. El ángel les dijo: «Huyan para salvar su vida; no miren atrás, ... o serán consumidos». (Génesis 19:12-17). A la mañana siguiente, al salir el sol, el Señor destruyó la ciudad de Sodoma, pero la esposa de Lot desobedeció el mensaje del ángel; miró hacia atrás y murió. (Génesis 19:23-26). A Lot y a su familia no se les acusó de participar en las prácticas malvadas de los sodomitas. La culpa de su esposa fue haber mirado hacia atrás. Aquí, la palabra «miró» es una traducción de un término hebreo que significa mirar con placer, favor o atención.

Jesús advirtió a sus seguidores: «Acuérdense de la mujer de Lot» (Lucas 17:32). En otras palabras, debemos enfocar nuestros deseos y metas en las cosas celestiales y no en las cosas de la tierra. Al respecto, Pablo escribió: «Pongan su afecto en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque ustedes están muertos, y su vida está escondida con Cristo en Dios». (Colosenses 3:2, 3). Si somos fieles hasta la muerte, «seremos saciados» cuando despertemos en la gloriosa primera resurrección (Salmo 17:15; Apocalipsis 20:6). Por lo tanto, no miremos hacia atrás a las antiguas metas o ambiciones terrenales, sino que, por el contrario, «corramos hacia lo que está por delante», es decir, las cosas celestiales. Filipenses 3:13

Pensamientos guiados por la oración

El apóstol Pablo también hace hincapié en la necesidad de la oración como guía para nuestros

pensamientos. (Filipenses 4:6). Si vivimos en estrecha comunión con nuestro Padre Celestial, deberíamos estar tan agradecidos por los favores y bendiciones de los que ya disfrutamos que no querríamos pedir mayores bendiciones. En cambio, deberíamos desear simplemente dar gracias, al darnos cuenta de que ya hemos recibido de las manos del Señor no solo más de lo que merecíamos, sino más de lo que podríamos pedir o pensar. Efesios 3:20

Por lo tanto, nuestras peticiones deberían centrarse cada vez más en la gracia, la sabiduría, las oportunidades para servir al Señor y a los hermanos, y en la ayuda para desarrollar nuestro carácter a semejanza del amado Hijo de Dios. Con tales pensamientos, podemos confiar plenamente en que la prometida «paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará nuestros corazones y... nuestros pensamientos en Cristo Jesús». (Filipenses 4:7). Cuanto más more la «paz de Dios» en nuestro corazón, más ayuda recibiremos para mantener alejadas de nuestra mente las preocupaciones y la agitación del mundo. Incluso cuando estemos rodeados de circunstancias difíciles, tendremos una paz que se basa en la sabiduría y el poder superiores de Dios.

Examinar nuestros pensamientos

Con la «paz de Dios» reinando en nuestros corazones, debemos entonces examinar todos nuestros pensamientos. Qué fácil es permitir que nuestra mente caída, imperfecta y natural se imponga. Cuando esto sucede, puede permitir rápidamente que entren en nuestra mente pensamientos de envidia, entrometimiento,

calumnia, malicia, contienda, orgullo o vanagloria, absorbiendo nuestro tiempo y atención. Todos estos deben ser rechazados continuamente. Por el contrario, debemos invitar a nuestra mente pensamientos justos y puros. Si estos llenan nuestra mente, bloquearán eficazmente el camino e impedirán que los pensamientos malignos vuelvan a entrar. Salmo 63:5-7; 143:5

Así como le damos alimento literal a nuestro cuerpo físico para mantener su salud, debemos darle a nuestros pensamientos alimento espiritual, para dirigir nuestra mente en una dirección adecuada y saludable. Ese alimento espiritual es vital para el desarrollo de un corazón y un carácter que sean agradables al Señor.

¿Es verdad?

En nuestro texto temático de Filipenses 4:8, Pablo explica cómo debemos examinar y juzgar nuestros pensamientos. Comienza diciendo: «Por último, hermanos, todo lo que es verdadero». La primera pregunta que debemos hacernos con respecto a un pensamiento que podamos albergar es: «¿Es esto cierto?». El amor por la verdad es el fundamento mismo de una vida recta. Si simpatizamos con falsedades o exageraciones, o nos detenemos en ellas, estamos contaminando nuestro corazón en esa medida. Por el contrario, si tenemos nuestros «lomos ceñidos con la verdad», nuestros corazones y mentes estarán preparados para prestar un servicio aceptable a Dios. Efesios 6:14

El pueblo del Señor debe estar tan en armonía con la justicia que todo lo que sea falso o inexacto en palabra, pensamiento o acción nos resulte ofensivo

y nos cause dolor. La veracidad, entonces, debe ser la primera prueba que apliquemos a cualquier asunto antes de permitirnos darle vueltas en nuestra mente. No debemos desperdiciar nuestro tiempo y atención persiguiendo asuntos imaginarios, errores, ficción o rumores. Eso no es provechoso y puede causar un gran daño tanto a los demás como a nosotros mismos.

Tener pensamientos veraces se aplica, en general, a todo en la vida. Fomentará el amor por lo correcto y lo verdadero, y una oposición de corazón a todo lo que está adulterado. Este principio es especialmente aplicable a nuestro alimento espiritual, es decir, a lo que creemos. En este sentido, nuestra primera pregunta debería ser: ¿es esta una creencia basada en la Palabra de Dios, o está contaminada en alguna medida con «tradiciones» de los hombres, destinadas a «anular la palabra de Dios»? Marcos 7:13

El salmista, refiriéndose a Dios, escribió: «Tú deseas la verdad en lo más íntimo», es decir, la sinceridad de corazón (Salmo 51:6). Cultivemos el amor por la verdad, a cualquier precio. Tomemos el tiempo para verificar, con la Biblia, todo lo que aceptamos como un hecho. El salmista también nos dice que la «verdad de Dios será tu escudo y tu protección». Salmo 91:4

¿Es honesto?

En nuestro texto temático, Pablo menciona una segunda prueba para nuestros pensamientos: «Todo lo que es honesto [griego: venerable u honorable]». Debemos examinar minuciosamente nuestros pensamientos a medida que surgen y

negarnos a darle importancia a aquellos que son deshonorosos para los miembros del Cuerpo de Cristo. Es posible que haya cosas que sean ciertas pero que no sean honorables, y su veracidad no debe darles cabida en nuestras mentes si no superan esta segunda prueba. Por ejemplo, en las noticias diarias, se informan muchos delitos que son ciertos y que a menudo se presentan con detalles gráficos. Sin embargo, no debemos permitir que nuestros pensamientos se detengan en todos estos detalles ni los analicen.

Más bien, fijemos nuestras mentes en las promesas de que en el reino «no harán daño ni destruirán en todo mi santo monte», o reino, y que «Dios enjugará toda lágrima de sus ojos; y ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor; porque las primeras cosas han pasado». (Isaías 11:9; Apocalipsis 21:1-5). Cuánto más honrosos son estos pensamientos de la Santa Palabra de Dios.

¿Es justo?

La tercera categoría de pensamientos que Pablo nos exhorta a tener es: «Todo lo que sea justo», o equitativo. Algunos pensamientos pueden ser verdaderos y honestos en lo que respecta a los principios, y sin embargo no ser justos ni equitativos para con los demás. Por ejemplo, alguien podría contarnos algo sobre un tercero que sea cierto e incluso expresado de manera honorable. Sin embargo, podría reflejar algo injusto o desigual en contra de ese tercero. Si es así, no debemos darle importancia a ese pensamiento, ni repetirlo a otra persona. En cambio, debemos rechazarlo de inmediato aplicando el mandato: «El amor no hace

mal al prójimo; por lo tanto, el amor es el cumplimiento de la ley». Romanos 13:10

¿Es puro?

La siguiente categoría de pensamientos que Pablo nos aconseja tener es: «Todo lo que es puro», es decir, casto, limpio. Muchas cosas pueden ser verdaderas o justas, pero no son puras en su intención. Tales pensamientos están estrictamente prohibidos según esta regla inspirada.

Por ejemplo, un pensamiento debe considerarse impuro si hay en él algún tipo de egoísmo u orgullo, o si se manifiesta envidia, celos o malicia, independientemente de que sea verdadero, honesto y justo. Si nos permitimos obsesionarnos con tales pensamientos impuros, más dominarán nuestro corazón y afectarán nuestro juicio sobre los asuntos.

Para determinar si un pensamiento es puro o no, debemos compararlo con la Palabra de Dios y los principios que en ella se enseñan. En las Escrituras se afirma repetidamente que la sabiduría, las palabras y los mandamientos de Dios son puros. Salmo 12:6; 19:8; 119:140; Proverbios 30:5; Santiago 3:17

Los pensamientos puros y santos producirán en nosotros palabras santas y nos ayudarán enormemente a desarrollar un comportamiento justo. Por otro lado, si permitimos que nuestros pensamientos sean impuros o profanos, se debilitará nuestra capacidad de hablar y actuar correctamente. Debemos esforzarnos por someter nuestros pensamientos y entrenarlos de manera que nos transformen cada vez más a la imagen del

glorioso carácter de nuestro Señor. 1 Corintios 9:27; Romanos 12:2

¿Es amable?

Pablo continúa: «Todo lo que es amable». ¿Lo que pensamos promueve la cualidad divina del amor? Nuestros pensamientos deben dar preferencia a lo amable y lo digno de ser amado, lo cual nos elevará espiritualmente. Cuanto más se detengan nuestros pensamientos en las vidas nobles de las personas registradas en la Biblia y en los esfuerzos nobles de quienes nos rodean, más nos pareceremos a Dios. El ejemplo supremo de una vida «hermosa» y noble es el de nuestro Señor Jesús. Él es nuestro «amado, [...] el principal entre diez mil. [...] Es todo hermoso» (Cantar de los Cantares 5:10-16). Al centrar nuestros pensamientos de manera estricta y completa en temas que son «hermosos», nos convertiremos en una imagen más fiel de Jesús.

¿Es de buena fama?

Pablo continúa examinando nuestros pensamientos, diciendo: «Todo lo que sea de buena fama». «De buena fama» significa que se habla bien de algo, o que tiene buena reputación. En el capítulo once de Hebreos, se describe la vida de hombres y mujeres fieles que vivieron en la época del Antiguo Testamento como personas que obtuvieron «buena fama». (Hebreos 11:2, 39). Fueron elogiados, no por haber realizado obras perfectas, sino por su fe en Dios y en sus promesas, la cual se demostró a través de sus obras. El relato bíblico de sus experiencias y su fe debería ser una fuente continua en la que nuestros pensamientos puedan detenerse.

Un «buen testimonio» se ajusta al mensaje del Evangelio. El Evangelio es «buena noticia», «buena nueva de gran gozo» (Lucas 2:10). El profeta Isaías, al hablar proféticamente de los seguidores del Señor durante la actual edad evangélica, escribió: «¡Oh, Sion, que traes buenas nuevas [en hebreo: anunciar buenas noticias]!». (Isaías 40:9). Las «buenas nuevas» del reino que pronto vendrá para bendición de toda la humanidad deberían ser una parte importante de los pensamientos en los que nos detenemos y de lo que compartimos con los demás. Mateo 6:10; 24:14

¿Hay alguna virtud o alabanza?

Pablo concluye nuestro texto temático exhortándonos: «Si hay alguna virtud, y si hay algún motivo de alabanza, piensen en estas cosas». La palabra «virtud» conlleva la idea de bondad moral o excelencia. Debemos examinar minuciosamente nuestros pensamientos y concentrarnos únicamente en aquellos que son virtuosos y dignos de alabanza ante Dios. Esto implica mucho más que simplemente abstenernos de pensamientos falsos, deshonestos, injustos o impuros.

El salmista describe a quien ha alcanzado este nivel virtuoso y superior como «aquel que vive con integridad, que realiza obras justas y que se dice la verdad a sí mismo; aquel que no calumnia con su lengua, que no hace mal a su prójimo y que no destruye la reputación de su amigo... quien cumple su palabra incluso cuando le duele y no cambia». (Salmo 15:1-5). El apóstol Pedro nos exhorta a que hemos sido llamados a «la gloria y la virtud», y a que

«poniendo toda diligencia, añadáis a vuestra fe la virtud». 2 Pedro 1:3, 5

Nuestra norma y meta

No podemos esperar alcanzar el control perfecto de nuestros pensamientos en esta vida, pero podemos hacer de eso nuestra norma y meta constante. En la medida en que contemplemos esta norma y nos esforcemos diariamente por estar a la altura de ella, en esa misma medida nos encontraremos fortalecidos en la mente, progresando en «llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia [cumplimiento y sumisión] de Cristo». 2 Corintios 10:5

Nuestra sumisión a Dios y a Cristo es una sumisión voluntaria, inspirada por nuestro amor, gratitud, confianza y fe en su sabiduría superior. Nuestro mayor deleite debe estar en aprender y hacer la voluntad de Dios. Es mucho más que simplemente seguir un conjunto fijo de reglas, tales como «harás» y «no harás». Es esforzarnos por ver las cosas desde el punto de vista de Dios, por aplicar personalmente los principios de Dios y por amar a Dios por encima de todo (Marcos 12:30). La lealtad de corazón a Dios requiere esfuerzo. Este debe ser nuestro primer y constante deber.

Incluso los más devotos del pueblo del Señor, los más desarrollados en carácter, necesitarán que se les impute el mérito de la justicia de Cristo hasta que sean perfeccionados en la primera resurrección. Solo en nuestra mente, en nuestra voluntad, las «cosas viejas» han comenzado a desaparecer y «todas las cosas se han vuelto nuevas». (2 Corintios 5:17). Este gran cambio solo se logrará plenamente

cuando «lo mortal se haya revestido de la inmortalidad», cuando lo corruptible sea resucitado en incorrupción —resucitado en gloria, en poder, como un ser divino y del espíritu—. 1 Corintios 15:53, 54

Mientras tanto, para ser considerados dignos de «gloria, honor e inmortalidad», debemos demostrar nuestra disposición mental y nuestro sincero deseo de ser todo lo que el Señor quiere que seamos. (Romanos 2:7). De ninguna manera esto puede demostrarse mejor ante el Señor y ante nosotros mismos, ni resultar más útil para los demás, que manteniendo una estricta vigilancia sobre todos nuestros pensamientos. Que esta sea nuestra meditación diaria.